

TESTIMONIO VOCACIONAL

Estibalitz Reino, 1995

Me han pedido que os diga por escrito como me sentí llamada por Dios a vivir mi vida unida a El en la familia del Carmelo. Ante todo, os confieso vértigo no solo por hacerlo, pues es difícil comunicar una experiencia así, sino además por el hecho de que sea escrita. Pues lo escrito permanece. Parece que adquiere realidad propia lejos de quien lo escribe, pero de algún modo comprometiéndole.

Ya he empezado diciendo que no creo poder expresar bien este acontecimiento tan relevante y decisivo en mi vida. Pero procurare explicarlo con sencillez para que me entendáis todos.

Creo que Dios, en la persona de Jesús, se hizo presente a mi conciencia a los trece años. Después de unos ejercicios espirituales. Fue una cosa sencilla, me sentí invitada a cultivar la oración como encuentro amistoso con Jesús, a leer el Evangelio para conocerle, a darle cabida en mi vida, a reunirme con otras compañeras para compartir todo aquello y crecer en amistad.

Conocí poco después una comunidad de Carmelitas Descalzas. Aunque no pude entender casi nada y sentí incluso rechazo por el modo de vida, me impactó seriamente que fueran un grupo de mujeres unidas por Jesús y para ayudarse unas a otras a crecer en esta amistad con El. No me convencieron, pero me inquietaron.

Desde los trece años hasta los veinticuatro que entré en el Carmelo fueron años de lucha, de vaivenes: desde una búsqueda exigente y un compromiso con Jesús fuerte, hasta un abandono de -los ratos de oración y un alejamiento de la vida de la Iglesia. Llegue a vivir la presencia de Dios en mi vida como una amenaza. Pero no pocas veces también se me ofrecía como la mejor posibilidad de ser feliz.

Muchas veces aquellas Carmelitas me venían a la mente. Sentía resistencia para ser una de ellas, pero....¿por qué no podía eliminarlas de mi recuerdo?. En muchos momentos creía entender que Dios me estaba pidiendo algo a través de ellas, o mejor me lo estaba ofreciendo. Pero yo quería estudiar carrera, viajar, tener independencia.... Tenía mis planes, sin contar con los de El.

Hice mis planes. Me aleje bastante de aquella relación primera. Me parecía mentira haber llegado a plantearme el ser monja. Me sentía incapaz de volver a crear en mi vida aquel ritmo de oración. Sin embargo, nunca pude negar que aquello vivido había sido real. Tenía certeza de que no había sido una ilusión. Esto me volvía a inquietar. Creo que Dios se estaba volviendo a abrir paso en mi vida. Otra vez me despertaba a la oración, al deseo de encontrarme con El en el silencio. Otra vez ponía a mi lado amigos que oraban. Y otra vez las Carmelitas.

Tuve que recorrer un camino para descubrirlo en todo aquello. En mi interior volvió a aparecer la lucha. Intuí que si no me atrevía a ver de cerca si aquella vida

era la propuesta de Dios para mí, no sería fiel a mí misma. No podría estar cómoda conmigo misma nunca. Ni establecer una relación con Dios en paz. Sentí dentro como que algo cedía. En mi interior le había dicho ya Sí.

Acabada la carrera entré. No me han faltado luchas interiores. Es mi condición. Suelo decir que mi vocación es algo así como la lucha de Jacob con Dios en Peniel. Al final fue Dios quien ganó.

Poco a poco Dios ha ido ganando terreno en mi vida. Me dejó hacer, pero fue fiel en su propuesta.

Estoy feliz de haber sido conducida a esta tierra del Carmelo. Realmente creo que me dio y me da lo mejor para mí. Este es mi lugar. Estoy muy contenta de que Dios me conceda ser una hija de Santa Teresa y San Juan de la Cruz y ofrecer en la Iglesia el testimonio de una comunidad orante, para la cual nada humano es ajeno. Una comunidad que quiere ser con su vida de fraternidad y oración un signo de que Dios nos ofrece su Amistad a todos y de que su Amor nos realiza plenamente, de que "solo Dios basta".

Si a uno de vosotros mi testimonio le ayuda a entrar o a seguir en el camino de la oración me verá muy contenta.